

POR QUÉ Y CÓMO PREDICARLES EXPOSITIVAMENTE A LAS NUEVAS GENERACIONES

FERMÍN IV

e625.com

Si deseas adquirir este libro, pulsa aquí.

e625.com

Por qué y cómo predicarles expositivamente a las nuevas generaciones

Fermín IV

Publicado por especialidades625® © 2020
Dallas, Texas.

ISBN 978-1-946707-36-9

Todas las citas bíblicas son de la Nueva Biblia Viva (NBV) a menos que se indique lo contrario.

Editado por: Virginia Bonino de Altare

Diseño de portada e interior: Creatorstudio.net

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.
IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS.

CONTENIDO

Prólogo	7
Un consejo, mi historia y Nehemías.....	9
1 La preparación.....	25
2 El libro	41
3 Los que podían entender	59
4 Las herramientas	75
5 Adoración a Dios	89
6 Poner el sentido	103
7 Arrepentimiento	117
8 La lluvia de la Palabra	131
9 Confesión	145
10 El Espíritu de Dios	157
11 Persevera	167
Bibliografía	183

*A mi pequeña, mi esposa. Gracias por ese día
que me llevaste frente al Señor en oración,
por quitar el techo y tener fe.*

PRÓLOGO

Jamás me hubiera imaginado lo que Dios tenía en mente cuando me entrevisté por primera vez con Fermin IV en aquel restaurante a finales de los '90. Me encontré con alguien dispuesto a responder al llamado radical de Jesucristo sin importar el costo. Imagínate: ¿quién al regreso de su luna miel vende todo lo que tiene, renuncia a su trabajo y cambia de domicilio dejando atrás su ciudad y amigos “solo” para ser entrenado en las Escrituras? Yo había leído acerca de un puñado de esos personajes en el Nuevo Testamento pero no había conocido uno de carne y hueso hasta que lo conocí a él.

Esos primeros años de su crecimiento espiritual se caracterizaron por una pasión avasallante por las almas, tal y como el disco de Boomerang que hicimos juntos lo atestigua. No olvido cuando con lágrimas en los ojos con Tere, su esposa, me expresaron: “Cuenten por favor con nosotros para cualquier cosa que necesiten, solo queremos servir”.

Con solo un par de años en Cristo y haciendo del estudio de la Biblia su prioridad, se hizo cargo de la visita semanal a la cárcel juvenil en el estado de Morelos y convocó a otro grupo de muchachos a estudiar la Biblia en su casa, convirtiéndose en un discipulador y maestro nato. Luego comenzó un taller de composición que dirigía a 90 kilómetros de su casa en la Ciudad de México y empezó a realizar giras a todas las universidades anunciándoles el Evangelio literalmente a miles de jóvenes con su Rap. Su pasión por compartir las Escrituras fue creciendo exponencialmente. Tal fue su avance acelerado que no dudé en

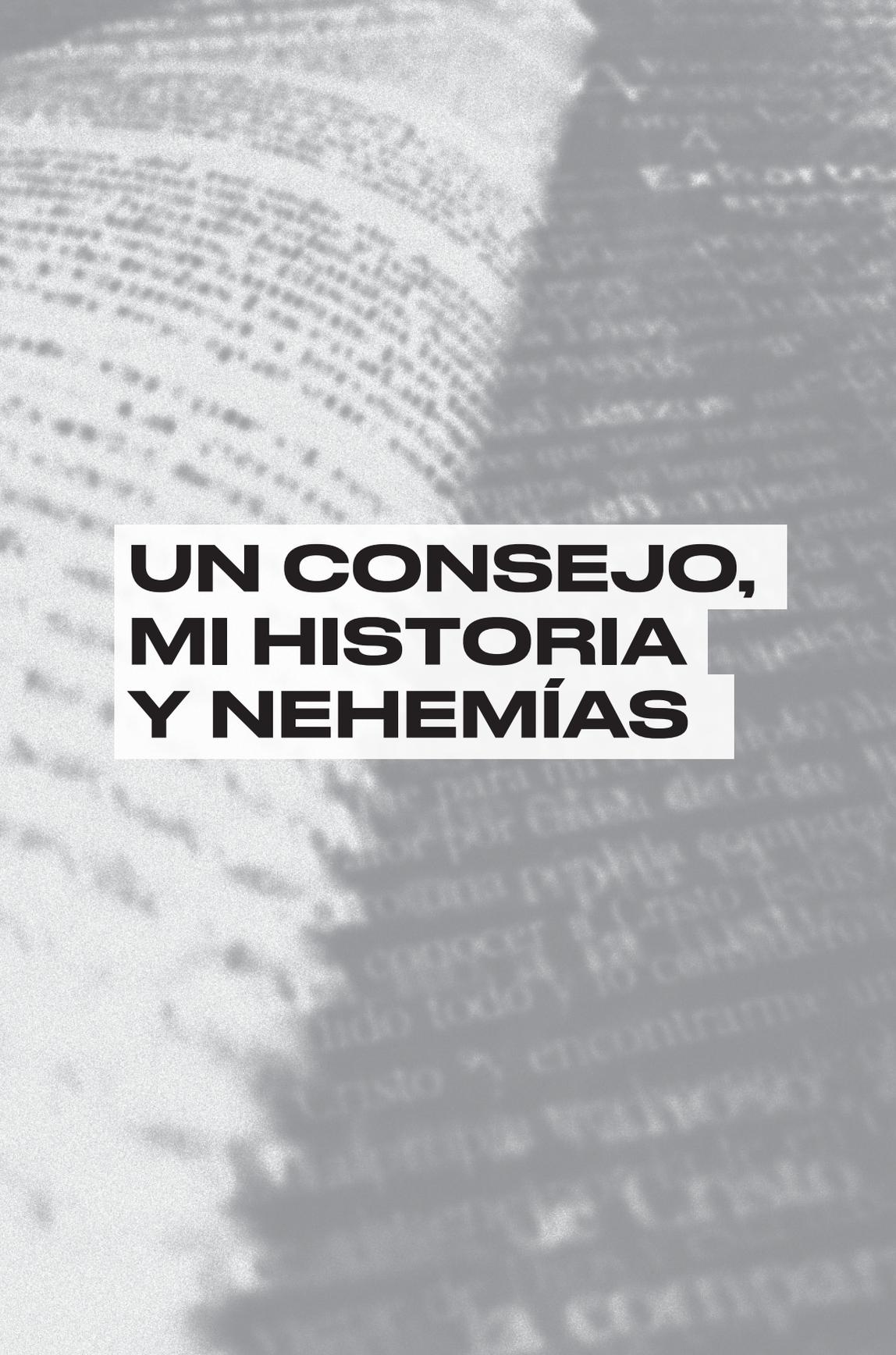
pedirle que fuera el maestro principal en la primera iglesia que habíamos plantado en la Ciudad de México un par de años atrás, y al tiempo se convirtió en el pastor principal de nuestra iglesia Semilla de Mostaza en la que había crecido y a la cual había servido: era el momento de tomar el timón de toda la organización para dirigirla a través de la enseñanza sistemática de la Palabra de Dios.

Es increíble que una persona con tan solo seis años de convertido y sin experiencia previa en el ministerio haya podido consolidar el instituto bíblico, graduando a generaciones enteras de pastores que ahora están haciendo la diferencia en otras ciudades dentro de la red de plantación de iglesias que él desarrolló y que dirige junto con su equipo. ¿La clave? Su amor por la Palabra y sus comprensión del proceso de discipulado, por eso estas páginas tienen tanto sentido.

Este libro es un llamado a los pastores, a los maestros, a los padres, a los discípulos de Jesucristo y a todos aquellos que son conscientes de que la invitación del Señor no es solo a creer sino a forjar seguidores de Jesucristo a través de la enseñanza sistemática de su Palabra; a no rehusar anunciar todo el consejo de Dios, a poner a la gente en contacto con el texto bíblico, a enseñar a cada persona a depender más y más de Dios y cada vez menos de ellas mismas; a enseñarles a desarrollar una relación “escritural” con el Dios de la Biblia. Estoy convencido de que eso traerá el tan anhelado avivamiento y la urgente transformación de nuestras vidas, de nuestras familias, de nuestras iglesias, de nuestras comunidades y de nuestras ciudades, un discípulo a la vez.

Héctor Hermosillo

Pastor, autor y plantador de Iglesias



**UN CONSEJO,
MI HISTORIA
Y NEHEMÍAS**

Por primera vez me habían invitado a otra ciudad a dar mi testimonio. Era justo una semana antes de mi boda, a principios del 2000. Mi papá me advirtió que no debía viajar a una semana de casarme. En realidad pensó que me podía pasar algo malo, pero no fue así, al contrario, me pasó lo mejor: me dieron el mejor consejo que podían darme en ese momento de mi vida.

Era un congreso de adolescentes y la persona que me invitó me dijo: “Quisiera que dieras tu testimonio, pero no te voy a anunciar, será una sorpresa”.

Justo un año atrás, siendo parte de un grupo de rap llamado *Control Machete*, habíamos lanzado un segundo disco y había sido todo un éxito así que, claro, los asistentes de ese congreso jamás se podrían haber imaginado que un miembro de *Control Machete* aparecería y contaría lo que Dios había hecho en su vida en los últimos meses.

Pero fui yo el que no esperaba lo que iba a suceder.

Como iba de sorpresa, me hicieron entrar a la iglesia por una puerta trasera, intentando que pasara desapercibido. Me llevaron a una escalera y me dijeron: “Allá arriba hay un cuarto donde puedes estar”. Un año atrás, ni siquiera había entrado a una iglesia cristiana, así que todo esto era nuevo para mí. Subí las escaleras y en el piso de arriba había muchas puertas y solo una tenía un letrero que evidentemente había

sido puesto por los organizadores del congreso. El letrado decía: “Oradores”.

Parecerá cómico, pero lo primero que vino a mi mente fue: “Debe ser un cuarto de oración”. La palabra *oradores*, me sonaba a gente que oraba, así que abrí lentamente la puerta intentando no interrumpir nada y, si tuviera que hacerlo, unirme a la oración.

Al abrir la puerta, me encontré con algunos alimentos y algunas bebidas; un cuarto que parecía más bien un camerino. Al poco tiempo llegó Junior Zapata, un guatemalteco que era uno de los “oradores” del congreso.

Después de contarme que un par de años atrás había ido a verme en Guatemala cuando fui con *Control Machete*, me preguntó acerca de mi testimonio.

Él sabía que yo en esos días tenía éxito y fama a los ojos de muchos y noté que al escucharme, genuinamente se preocupó por mi futuro, así que me dio el mejor consejo que yo podría haber recibido en ese momento de mi vida.

Me dijo: “Tú necesitas que alguien te discipule, alguien que te haga crecer y madurar en tu relación con Dios”.

Recuerdo que me mencionó a diferentes cantantes famosos que en algún momento manifestaron haber tenido un encuentro con Dios, pero que después regresaron a su vida de pecado.

Le preocupaba que, si en los siguientes meses me la pasaba dando mi testimonio por las iglesias, nunca llegaría a ser parte de una congregación, no maduraría como creyente y se terminaría apagando ese fuego que comenzó a arder cuando conocí al Señor.

Yo no tenía ni idea de qué significaba “discipular”. Era otra palabra que todavía no entendía, así que claro que le pregunté qué significaba y él

me dijo: “Significa que alguien te enseñe la Biblia de manera personal”.

El llamado

Hoy entiendo que hacer discípulos es una prioridad para la Iglesia. Muchas veces nos enfocamos en los “convertidos” pero el llamado que hizo Jesús es a ir a hacer discípulos y ¿quién es un discípulo? Un discípulo es alguien que aprende y vive la enseñanza de su maestro; y por eso necesitamos vivir la Palabra, no solamente oírla.

Cuando conversé con mi futura esposa acerca de este consejo, me preguntó si conocía a alguien que pudiera discipularnos en Monterrey ya que, después de la boda, planeábamos vivir allí. Mi primera respuesta fue que no, pero luego nos acordamos del Pastor Héctor Hermosillo.

Los dos supimos que era él a quien teníamos que acudir. Los habíamos conocido a él y a su esposa Gaby un mes antes, y de hecho, fueron los últimos invitados a nuestra boda. Nos recibieron en su casa y nos quedamos enganchados. Nació una amistad inmediata, ¡nos sentíamos tan cómodos con ellos!

El desafío era que ellos vivían en Cuernavaca, a unos mil kilómetros de nuestro futuro lugar de residencia. De todos modos, no perdíamos nada con ir a visitarlo y preguntarle. Así que, inmediatamente después de regresar de la luna de miel, agarramos nuestro Chevy chiquito y al llegar a su casa, le pregunté: “¿Pastor Héctor, puedes darme clases sobre la Biblia?”.

**UN DISCÍPULO ES
ALGUIEN QUE
APRENDE Y VIVE LA
ENSEÑANZA DE SU
MAESTRO, POR ESO
NECESITAMOS VIVIR
LA PALABRA**

Noté su cara de confusión y solo me contestó: “Bueno, no tengo un salón de clases para darte “clases” pero tengo un buen café, compramos pan de dulce y, si te traes tu Biblia, la estudiamos juntos”.

Claro, el escucharle, mi mente pensó rápidamente en que íbamos a vivir a más de mil kilómetros de distancia, ¿cómo podría hacer eso? Y como si él hubiera leído mi mente nos dijo: “¿Por qué no se vienen a vivir a Cuernavaca?”.

Era una locura, todo estaba listo para llegar a Monterrey a vivir, teníamos todos los muebles aún sin desempacar, pero algo nos movió y dije: “¡Va!”. En ese instante nos levantamos de la mesa y fuimos a buscar una casa para vivir.

Nunca me imaginé que saldría de Monterrey para vivir en otra ciudad. Como buen “regio” (así se les dice a los nacidos en Monterrey) siempre pensé que moriría allí y sería enterrado entre las montañas, pero la expectativa de poder comprender mejor lo que revelaba la Palabra de Dios nos hizo pasar todo ese día visitando casas que estaban en renta aunque no pudimos encontrar ninguna que se ajustara a nuestro presupuesto.

Al siguiente día, detuvimos el coche en un callejón y comenzamos a orar pidiéndole a Dios que abriera las puertas para encontrar una casa donde vivir. No entendía muchas cosas, pero sabía que esto sería bueno para mi nuevo caminar. Y ahora, casado, sería bueno para mi matrimonio.

Dios de nuevos comienzos

Había llegado a Dios a través de mi esposa, quien tuvo el valor de invitarme a su iglesia cuando le hice las clásicas preguntas controversiales acerca del cristianismo. Intentando pasar como muy “espiritual” le cuestioné acerca de doctrina y lo único que hizo (y creo que fue lo mejor que pudo hacer), fue poner una Biblia en mis

manos. Yo la abrí, no con humildad sino más bien con soberbia, creyendo que sabía qué era lo que contenía. Sin embargo, me sorprendí al no encontrar aquello que me habían enseñado y encontrar aquello que nunca había imaginado.

Un versículo se clavó en mi corazón. Romanos 5:8, que dice: *“Dios, no obstante, nos demostró su amor al enviar a Cristo a morir por nosotros, aun cuando éramos pecadores”*.

Nunca había considerado que Dios me amaba aun en la condición en la que estaba, en pecado. Siempre pensé, y creo que es lo que me enseñaron durante toda mi niñez, que si me portaba bien, Dios me amaba, pero si me portaba mal, solo podía esperar el castigo. Por eso este versículo encontró un lugar en mi corazón. Eso era yo, un pecador, y Dios me amaba y me lo demostró cuando me encontraba en esa condición.

**NUNCA HABÍA
CONSIDERADO QUE
DIOS ME AMABA AUN
EN LA CONDICIÓN EN
LA QUE ESTABA**

Rendí mi vida a Cristo unos meses después tomado de la mano de la que sería mi esposa. Vi el poder de la oración cuando ella oró por mí para que Dios me rescatara de mi adicción a las drogas. Conocí que Dios era de verdad poderoso. Ahora, que comenzábamos nuestra vida juntos, tomar una decisión así no era tan complicado. Si aprender la Biblia, que sabía que me ayudaría en mi vida y matrimonio, implicaba cambiar de residencia, lo haría sin pensarlo. Así que oramos y ese callejón se convirtió en nuestro altar a donde le pedimos a Dios que confirmara si esto era su voluntad.

Habíamos conversado no más de cuatro veces con Héctor y Gaby, y ahora estábamos considerando tomar una decisión tan radical como un cambio de residencia porque sospechábamos que la Biblia literalmente nos provocaría un cambio de vida.

Salimos de ese callejón después de hacer una llamada para visitar una casa anunciada en el periódico. Cuando la vimos supimos que era la indicada: las condiciones eran perfectas y, sobre todo, el presupuesto nos alcanzaba.

Estábamos felices, sentíamos que este era otro nuevo comienzo, de esos que luego al estudiar la Biblia aprendí que son la especialidad de Dios. En realidad, no sabíamos lo que Dios tenía planeado para nosotros, pero era un primer paso gracias a ese consejo preciso que recibí en aquel congreso de adolescentes.

La primera clase

Ya instalados, estábamos listos para ir a nuestra primera “clase”. Héctor nos pidió que lleváramos una Biblia, una libreta y colores. No sabía para qué podría utilizar los colores. Al llegar, encontramos una mesa con pan de dulce en el centro, una jarra de café y tazas, pero nos llamó la atención que había un cuchillo justo a un lado de la charola de pan. Cuando comenzamos nos dimos cuenta: a Héctor le gustaba probar cada pan, para lo que el cuchillo era esencial. Era una manera moderna de partir el pan y se convertiría en una ilustración de lo que sucedería en esa mesa durante los siguientes dos años. Cortar la Palabra, buscar lo que significaba el texto que teníamos adelante de nosotros, identificar el tema y siempre buscar una aplicación para nuestras vidas. Claro, el pan no solo lo partíamos. Lo más importante es que lo comíamos, y así sucedía también con la Palabra porque no se trata solo de estudiarla y entenderla, sino de asimilarla y vivirla.

El primer pasaje que estudiamos fue el Salmo 19 y recuerdo la locura que nos pareció la primera tarea que nos dejó Héctor: ¡memorizar el Salmo 19 completo!

¿Cómo íbamos a memorizar el Salmo 19 completo? ¡Nos pareció una tarea imposible!

Pero Héctor solo me dijo: “¡Eres raperero! ¡Te sabes todas tus canciones!” y las excusas comenzaron a disiparse.

Llegó mi turno

Debo confesar que la primera vez que enseñé la Palabra de Dios en una reunión de domingo fue sorprendente. La iglesia Semilla de Mostaza funcionaba en un salón de eventos. Héctor llevaba cerca de seis años pastoreando esta iglesia muy *sui generis* para ese tiempo.

Era el 2004 y estábamos realizando un estudio sobre el libro de Romanos avanzando por la carta capítulo por capítulo. Héctor explicaba el texto y esa mañana lo acompañamos a una reunión en otro lugar y enseñó los primeros dos versículos del capítulo 12 y, por alguna razón, cuando terminó se acercó y me dijo al oído: “Por la tarde enseñas tú”.

Yo le conteste: “¿Qué?”. Mi pregunta hacía referencia a qué cosa era lo que iba a enseñar.

Él me dijo: “Esto, Romanos 12:1-2”.

Yo le conteste de la manera que he respondido a muchas situaciones desde que tengo una relación con Dios. Le dije: “Va” ¿Será ese mi lenguaje de fe?

Era mi pastor el que me pedía que lo hiciera, y él llevaba más de tres años enseñándome la Biblia. En los meses previos habíamos visitado todos los centros penitenciarios del estado de Morelos llevando el Evangelio y muchas veces cuando estábamos en algún concierto evangelístico me había pedido que diera mi testimonio. Él nunca jugaba solo, siempre repartía el balón, así que yo ya sabía que no era el tipo

**AL PREDICAR
DEBEMOS BUSCAR
LA APROBACIÓN DE
DIOS, NO LA DE LOS
HOMBRES**

de pastor protagonista. Así que cada vez que me empujaba, o me preguntaba, mi respuesta era: “Va”, así que en esta ocasión, aunque fuera para enseñar, no me iba a rehusar.

Llegamos a mi casa para comer algo y hacer tiempo mientras llegaba la reunión de la tarde, y mientras los demás estaban en el comedor, me encerré en una de las habitaciones con mi Biblia, las notas de mi pastor y un comentario que me recomendó.

Fueron varias horas las que estuve ahí, nervioso, preguntándome “¿Por qué dijiste que sí? ¿Cómo se te ocurre?”. En verdad nunca imaginé que Dios me podría llamar para enseñar su Palabra.

Héctor nos había enseñado la Palabra ya por mucho tiempo y de hecho, algunos meses antes de ese domingo, me había invitado junto a otros hombres a un discipulado donde nos entrenó no solo para estudiar la Biblia, sino también para enseñarla. En ese grupo dedicó semanas a enseñarnos acerca de la predicación expositiva, cómo encontrar el tema de cierta porción bíblica, cómo hacer un bosquejo que incluyera introducción y conclusión, y cómo entregar ese mensaje pero a mí no me había terminado de caer la idea de que esto significaba que pronto me llegaría el turno. Hoy me doy cuenta de que, aunque fue sorpresivo, no fue improvisado.

El lugar donde nos reuníamos estaba al lado de la Plaza de Toros México que es la plaza de toros más grande de Latinoamérica, y cuando era temporada de corridas, cerraban las calles aledañas al lugar que rentábamos. Los policías hacían una valla y solo dejaban pasar al tránsito local. Tenías que demostrar que vivías en esas calles para que te dejaran entrar.

Nosotros no vivíamos ahí, solo rentábamos el lugar unas cuantas horas, ¡aunque en esa época muchos queríamos quedarnos a vivir ahí!

Dios usó ese lugar para que muchos nos enamoráramos mucho más de Él. En ese lugar conocí a varias familias muy valiosas que hasta

hoy están junto a mí en el ministerio. En ese lugar mi pastor me dio la oportunidad y el honor de abrir la Escritura y por primera vez enseñar la Palabra.

No éramos muchos, pero domingo a domingo llegábamos en nuestro vehículo hasta donde se situaban los policías de tránsito y nos hacían la misma pregunta: “¿Adónde van? ¿Viven por aquí?”.

Y nuestra respuesta era la misma siempre: “Vamos a la iglesia, en el salón, aquí adelante”. Durante las épocas de temporada de Toros era tan repetitiva esta escena que llegó un momento en que los policías, al enterarse que íbamos a la iglesia, nos decían: “Enséñeme su Biblia”.

¡La Biblia se convirtió en nuestra identificación para llegar ser conocidos como de la iglesia!

Hoy en día, enseñar la Biblia es una de mis pasiones, aunque de ninguna manera me siento completamente capacitado. Cada vez que Dios me da la oportunidad de enseñar en la iglesia, me siento inseguro, lleno de temor, aunque sea algo que hago continuamente.

Uno de los primeros libros que estudiamos fue la segunda carta a Timoteo, donde dice:

“Haz todo lo que sea posible para presentarte ante Dios aprobado, como un obrero que no tiene de qué avergonzarse porque interpreta correctamente la palabra de Dios”.

2 Timoteo 2:15

¿Cómo poder decir que uno está listo para enseñar la Palabra? Cuando te das cuenta de que es Dios ante quien tienes que presentarte y que lo que debemos buscar es su aprobación, no la aprobación de los hombres, quieres hacerlo con fidelidad.

Es una labor vital la que hace un maestro de la Escritura; un obrero es una persona que trabaja, y la única manera en la que podemos hacerlo

con fidelidad es trabajando duro en interpretar correctamente lo que Él enseña.

En nuestra iglesia tenemos una carga por enseñar correctamente, bíblicamente, y en ocasiones Dios nos ha abierto las puertas para servir a ministros de otras iglesias compartiendo lo que Dios nos ha permitido aprender con humildad y por eso, con mucho temor te escribo estas páginas.

Predica la palabra

Hace algunos años comenzamos a organizar conferencias que llamamos “Predica la Palabra” en diferentes ciudades, porque vimos la necesidad que tiene la iglesia de regresar a la Palabra de Dios.

La porción bíblica que hemos utilizado para estas conferencias es *Nehemías 8* ya que allí tenemos una historia que nos lleva de la mano para comprender mejor lo que Dios espera de nosotros como maestros de la Palabra.

El capítulo 8 de *Nehemías* marca un cambio en este libro; allí hay un antes y un después en la situación del pueblo de Dios.

A causa de su pecado, Israel había sido conquistado por Babilonia y Dios permitió al rey Nabucodonosor no solo a tomar la ciudad de Jerusalén sino llevar cautivos a sus habitantes.

Luego de setenta años, Babilonia se había convertido en su hogar y este fue un duro tiempo de prueba para ellos.

Babilonia era una sociedad pagana, llena de ídolos, lejos de la voluntad de Dios y en el libro de Daniel podemos encontrar referencias para conocer el tipo de sociedad que era.

Uno de los hombres que vivía dentro de esta sociedad era *Nehemías*. Él no solo era judío sino que también era el copero del rey de Persia.

Babilonia había sido conquistada por el reino Persa y se acercaba la posibilidad de un regreso a Israel.

Interesado por conocer la situación de Jerusalén, Nehemías descubre que está en ruinas, con sus muros medio derribados y sus puertas quemadas. Esta noticia lo entristece profundamente y lo lleva a ayunar y a orar por días. Su oración en el capítulo 1 de este libro revela que conocía las profecías y las promesas de Dios y que también sabía que la situación era consecuencia de un pueblo desobediente y rebelde.

Cuatro meses más tarde, al describir su tristeza ante el rey, Nehemías le pide que lo envíe a Jerusalén para reconstruirla y Dios hace que encuentre gracia frente a él. El rey persa le permite ir, y no solo le da todo lo necesario para el viaje, sino que le provee madera para la reconstrucción de los muros y las puertas, e incluso para su casa.

¿Por qué era importante para Nehemías la ciudad de Jerusalén? ¿Qué le motivó a realizar tan atrevida petición a su rey? Su motivación era el deseo de ver la gloria de Dios en su tierra y a su pueblo libre.

La benigna ayuda del Señor se observa incluso cuando Nehemías habla con el pueblo después de inspeccionar cada zona de la muralla. Dios lo usa para darles ánimo, y cuando él les llama a levantarse y reconstruir, la respuesta es positiva. Es increíble que algo que no se había realizado durante décadas, estuviera comenzando ahora a ser realidad.

Antes de comenzar una obra, es necesario tener el deseo de realizarla. Por décadas el pueblo no había ni siquiera tenido el deseo de reconstruir Jerusalén, pero cuando Nehemías los anima, ellos comienzan la reconstrucción. A la par de ellos, también se levantan algunos

**ANTES DE
COMENZAR UNA
OBRA ES
NECESARIO
TENER EL DESEO
DE REALIZARLA**

opositores, ¿No es siempre lo que sucede cuando intentamos edificar lo que Dios quiere?

Pero lo que no había sucedido en más de setenta años se llevó a cabo en cincuenta y dos días a pesar de la oposición, de las amenazas y de los ataques constantes.

Nehemías estuvo dispuesto, buscó a Dios y, movido por la necesidad de un pueblo y por darle la gloria a su Dios, se levantó de su comodidad e hizo algo. ¡Cuánto necesitamos de hombres como Nehemías en nuestros tiempos! Hombres que motivados por la gloria de Dios y por el dolor de su comunidad se levanten acompañados de la benigna ayuda del Señor.

Imagínate que has estado cautivo por muchos años, secuestrado, sin libertad para moverte, desarrollarte, para estar en comunidad, sin oportunidades para tus hijos, lleno de temor de lo que pueda suceder, siendo oprimido por diversos enemigos, y que de un día para el otro tienes libertad. ¿Qué harías? ¿Cuál sería tu primer paso?

Todo el pueblo, reunido, pidió escuchar la Palabra de Dios. ¿Por qué? Porque el pueblo de Dios tarde o temprano reconoce que en la Palabra de Dios se cobija su libertad.

Qué bello es dejarlo a Dios revelarnos su libertad. Inicialmente los enemigos no comprendían el efecto de la ayuda del Dios de Israel pero luego vieron su resultado. Nehemías, en medio de la ardua labor de reconstrucción, les recordaba que el Señor era grande y poderoso y mientras trabajaron pudieron ser testigos de cómo Dios desbarató los planes del enemigo para detener la obra.

Créeme: cuando tu vida cambia de un día para el otro, cuando vences vicios que por años te han mantenido cautivo y oprimido, cuando el pecado te ha arrastrado y pisoteado la cara para que no pudieras levantarte, y de pronto puedes estar de pie, definitivamente es Dios.

No puedo dejar de decir en este momento que nuestro salvador es Jesús. Qué bello es saber que Dios nos ama tanto que ha vencido el pecado por nosotros a través de su muerte. Jesús destruyó el poder del pecado y nos libró de su condena. Nos ha dado una nueva vida y libertad y ese es justamente el mensaje que compartimos y por eso predicamos Su Palabra.

Cuando Dios me libró de la esclavitud de las drogas, nació en mí un profundo deseo de conocerle y compartir esa libertad y por eso quiero que en los próximos capítulos cortemos el pan de Nehemías 8 para que juntos podamos descubrir cómo ser cada vez más fieles en digerir su palabra y compartirla para que otros la puedan saborear como un pan de dulce también.

Trae tu Biblia porque te va a servir de identificación, ¿vamos?